

LA LEONA

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

NOVIEMBRE 2009

PERSONAJES:

LEONA VICARIO

PADRE DE LEONA

AGUSTÍN POMPOSO

ANDRÉS QUINTANA ROO

PERIODISTA

LUCAS ALAMÁN

CURA

(VARIOS DE ESTOS PERSONAJES SE PUEDEN DOBLAR)

Vestuario de época.

Durante la obra, como fondo se puede escuchar música de esa época, o bien sonidos de guerra. La única pieza completa será el vals que baila Leona.

Para lograr efectos más modernos en una pantalla colocada en el escenario del lado derecho se pueden proyectar imágenes de los héroes de la Independencia, de los lugares físicos dónde esta ocurrió como puede ser Guanajuato, Oaxaca y lo que se vaya nombrando. Pero no es indispensable.

Al iniciarse la obra vemos a Leona que se arregla el cabello frente a un espejo. Sonríe. Es una mujer sin una edad definida, firme, segura de sí misma, altiva y bella. Usa joyas de buena calidad aunque escasas.

Destacan unos aretes y un collar de granates. Entra el padre para apurarla.

PADRE: ¿Ya estás lista? Nos están esperando.

LEONA: Qué esperen, no puedo ir en fachas.

PADRE: Te ves muy bien.

LEONA: ¿Tú crees?

PADRE: Estoy seguro.

LEONA: Tú siempre estás seguro de todo.

PADRE: Si no estuviera no tendríamos lo que tenemos y no seríamos lo que somos.

LEONA: ¿Te puedo hacer una pregunta?

PADRE: ¿Tiene que ser ahora?, ya te dije que es tarde.

LEONA: ¿A qué viniste a México? Nunca te lo he preguntado.

PADRE: A hacer dinero. Solamente vine a eso...y lo logré.

LEONA: Tú no te andas por las ramas, nada de que viniste a ver mundo o en busca de aventuras. Y sí que lo lograste, te hiciste rico, bueno, nos hiciste ricos a todos los de la familia. A mi madre y a mí.

PADRE: ¿No estás de acuerdo?

LEONA: Claro que sí. Otra pregunta.

PADRE: Nada de otra pregunta. Apúrate.

LEONA: ¿Por qué me pusieron tantos nombres tan feos?

PADRE: ¿Con qué sales ahora? Te puse esos nombres porque quise y además no son feos.

LEONA: ¿María de la Soledad Leona Camila Vicario Fernández de San Salvador no son feos?

PADRE: A todo le tienes que poner peros, nunca estás de acuerdo con nada. Esos nombres son nombres de mi tierra, peor es el nombre del hermano de tu madre, Agustín Pomposo, ese sí que es feo.

LEONA: (*Ríe*) Y sí que lo es. Creo que lo de pomposo se debe a que le gusta ponerse pantalones apretados para que su pompas se vean más grandes de lo que son.

PADRE: ¡Niña! Una jovencita jamás se debe referir a las pompas de los señores ¡Nunca! ¿Entendiste?

LEONA: Nunca se las vi al natural. (*Vuelve a reírse*) Pero me lo imagino.

PADRE: (*Molesto*) Te espero abajo.

LEONA: ¿Qué recuerdo de ellos, de mi padre y mi madre? No mucho, que se llevaban bien, que peleaban por lo que pelean los matrimonios: por los gastos, por los horarios, por una pizca de celos, por...Por nada fatal, siempre cosas común y corrientes. A mí me educaron igual que a todas las niñas de mi clase social: aprendí a cocinar, a bordar, a tocar un instrumento, a bailar valeses y polkas, a decir poemas, a ir a misa, a sonrojarme cuando me veían los hombres. Lo normal. Muy joven, demasiado, quedé huérfana. Una plaga o lo que fuera se los llevó a los dos en pocos días. Yo fui con todo y mis llantos a dar a casa de don Agustín Pomposo, mi tío.

POMPOSO: Esta es tu casa y no lo digo como una simple cortesía. Aquí vivirás como una hija. En cuanto a lo material, el dinero, las propiedades y todo lo que dejaron tus padres yo lo administraré. Tú si necesitas algo sólo tienes que pedírmelo. No todo será igual, en lugar de la tortilla española de huevo aquí comerás tortillas de maíz, en lugar de escuchar rediez, que tanto decía tu padre, escucharás la palabra carajo, que aunque sé que no es muy correcta, se me sale continuamente de la boca. (*Ríe discretamente*) Pero lo demás es lo mismo. Tu padre y yo consideramos que la mujer tiene que ser discreta, elegante, hacendosa, católica y obediente. Las mujeres sirven

para rezar, tejer, cocinar y ser agradables a los hombres. ¿No lo crees tú también así?

LEONA: Los hombres dicen que soy muy agradable, que me encanta cantar, recitar, bailar y sobre todo sonreír. Dicen que mi sonrisa es mejor que cualquier amanecer, que los ilumina. Y yo, por supuesto, vuelvo a sonreír después de oírlos.

POMPOSO: ¿Todo eso te permitían tus padres? Eso también cambiará.

LEONA: ¿Cómo fue mi juventud? ¿Cómo era yo? Físicamente era llenita, nunca pude ser delgada, además eso no se usaba; no fea, de grandes ojos negros y sobre todo simpática. Al menos eso decían de mí todos los que se atrevían, que no eran muchos. A las muchachas con cultura y con dinero no era fácil que los jóvenes se acercaran. Y sí, yo era culta. Leí mucho, sobre todo libros religiosos, políticos, históricos y alguna novela. Amaba la música y sobre todo la pintura. En mi casa colgué varios cuadros pintados por mí, de familiares, autorretratos y vírgenes. Me encantan las vírgenes. En eso también soy bilingüe, si es que se puede decir así. Soy bilingüe en gustos, sentimientos y cultura. Hablo francés y español, pero tengo gustos españoles y mexicanos. En cuanto a las vírgenes no me quedo en una sola como la mayoría, yo le rezo a la Guadalupana, en primer lugar, pero también en ese primer lugar a la de los Remedios. Empatadas las dos. A mí me hubiera gustado llamarme Guadalupe Remedios o Remedios Guadalupe. Suenan bien de las dos formas. Tengo más de un cuadro de cada una pintados por mí y alabados por muchos. También hice dibujos por si alguno quiere saberlo. De la música me gustaba toda, la clásica, la religiosa, la popular, pero sobre todo la que se bailaba. Fui, lo confieso, mala para bailar pero lo hacía con muchas ganas, sobre todo cuando estaba sola en mi cuarto. Abrazaba a mi almohada que era muy larga convirtiéndola en mi galán y a darle: Durante horas danzaba de un lado a

otro. Sé que estoy exagerando, no pudieron ser horas pero sí muchos minutos.

Suspira. Toma una almohada y baila un vals con ella que debe durar al menos tres minutos. Lo debe hacer con mucha emoción, gozando mucho. Al terminar arroja la almohada y ríe.

LEONA: Menos mal que nadie me vio hacerlo, al menos eso creo. De ser así me hubieran tildado de loca. Loca me decían por todo: por hablar en voz alta, por tratar bien a la servidumbre, por ir a curar enfermos, por no hacerle caso a los muchachos ricos que me visitaban, por preocuparme de lo que pasaba en mi país. Muchacha loca, me decían, deje eso a los hombres y usted dedíquese a lo que debe.

POMPOSO: Veo con tristeza que te has dejado influir con esa moda, por el romanticismo. Eso no te va a dejar nada positivo.

LEONA: Ay tío, qué joven no es romántica, romántica y tonta. Imagínese, estoy enamorada del jardinero y del vendedor de flores.

POMPOSO: ¿Cómo puedes decir eso?

LEONA: Es que soy apasionada de ellas. Por mí, mi cuarto estaría siempre lleno de margaritas, azucenas, rosas, claveles, hortensias... Ya ve que sí soy romántica. También amaba y amo la poesía.

POMPOSO: Otra pérdida de tiempo. No hay uno solo escritor que valga la pena en este país.

LEONA: Autor pueda que no, pero qué tal una autora.

POMPOSO: ¿Una autora? Permite que me ría.

LEONA: Es mi amada Sor Juana Inés de la Cruz. ¿Quiere que le diga uno de sus versos?

POMPOSO: ¿Tú qué crees? No estoy para perder el tiempo.

LEONA: De cualquier modo lo voy a hacer. Cuando la recito siento que todo mi ser se limpia por dentro, que soy otra, como que me elevo a otro plano de la vida. Ahí le va. Se titula “Pues estoy condenada” , de seguro usted ya lo conoce.

PUES ESTOY CONDENADA

”Pues estoy condenada,
 Fabio, a la muerte, por decreto tuyo,
 y la sentencia airada
 ni la apelo, resisto ni la huyo,
 óyeme, que no hay reo tan culpado
 a quien el confesar le sea negado.
 Porque te han informado,
 dices, de que mi pecho te ha ofendido,
 me has, fiero, condenado.
 ¿Y pueden, en tu pecho endurecido
 más la noticia incierta, que no es ciencia,
 que de tantas verdades la experiencia?
 Si a otros crédito has dado,
 Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas,
 y el sentido trocado
 de la ley, al cordel mi cuello entregas,
 pues liberal me amplías los rigores
 y avaro me restringes los favores?
 Si a otros ojos he visto,
 mátenme, Fabio, tus airados ojos;
 si a otro cariño asisto,
 asístanme implacables tus enojos;

y si otro amor del tuyo me divierte,
tú, que has sido mi vida, me des muerte.
Si a otro, alegre, he mirado,
nunca alegre me mires ni te vea;
si le hablé con agrado,
eterno desagrado en ti posea;
y si otro amor inquieta mi sentido,
sáqueseme el alma tú, que mi alma has sido.
Mas, supuesto que muero,
sin resistir a mi infeliz suerte,
que me des sólo quiero
licencia de que escoja yo mi muerte;
deja la muerte a mi elección medida,
pues en la tuya pongo yo la vida.”

LEONA: ¿Bello, verdad? Yo también soy celosa, se lo digo desde ahora.

POMPOSO: No sé qué voy a hacer contigo. Puros disgustos.

LEONA: ¿Defectos? A nadie le gusta decir sus defectos, esos los tenemos bien escondidos. Pero voy a decir uno. Amo la comodidad. Desde niña me acostumbraron a ella. Teníamos en la casa una enorme servidumbre: cocinera, planchadora, lavandera, recamarera, jardinero, chofer, nana, ama de llaves y para qué seguir. Cuando murieron mis padres y al irme a vivir con mi tío no me llevé nada de la casa pues decían que me podía contagiar pero sí me llevé a toda la servidumbre. Servidumbre a la que no se le pagaba casi nada, muchos de ellos se conformaban con que se les diera comida y habitación, y no habitación particular sino compartida entre muchos. Decir esto me da mucha pena. Yo que luché por la independencia y la justicia cometía lo contrario en mi propia casa. Pasaron muchos años

para que me diera cuenta de esto, antes era lo natural. Una familia como la mía debe tener servidumbre. Nada de preguntarse si estas personas estaban bien pagadas, si necesitaban algo, si al menos podían pagar los doctores cuando los necesitaran. El que no servía para afuera. Era la ley de la época. Repito que me he arrepentido toda mi vida de eso.

Se acerca a un piano, se sienta frente a él, lo abre. Toca el inicio de Paraelisa de Beethoven. Aparece un hombre al que no se le ve de frente. Trae un lápiz y una libreta donde apunta. Es un periodista.

PERIODISTA: ¿Tuvo usted muchos amores?

LEONA: Eso no es lo importante de mí.

PERIODISTA: ¿A quién quiso más? ¿Quintana Roo fue su único amor?

LEONA: No voy a contestar ese tipo de preguntas, el amor es algo muy particular.

PERIODISTA: ¿Está segura?

LEONA: La verdad no. Si las mujeres somos lo que somos es debido a nuestros amores, de lo bien o mal que nos fue en ellos, de la intensidad, de la aceptación o el rechazo. Las mujeres nacimos para amar, los hombres no. Nosotros amamos a nuestros padres, a nuestra casa, a la familia, a nuestros animales, a los compañeros de escuela, a los profesores, a nuestra ciudad, a nuestra patria, a la naturaleza y para qué seguir. Amamos todo.

PERIODISTA: ¿Amar es lo mismo que estar enamorado?

LEONA: Enamorarnos es otra cosa. Es a alguien a quien amamos más un plus. Las mujeres de seguro me entienden. Ese plus tiene que ver mucho con la atracción física y con muchas otras cosas: riqueza, cultura, compromiso, religión, simpatía, fuerza, sex apil.

PERIODISTA: Insisto, ¿ha amado a muchos hombres?

LEONA: Sí, a muchos. Casi a todos los que se me ponían frente a mis ojos: el maestro de música, el tendero, el capellán, el profesor de primaria, de secundaria y todos los demás, el médico que veía a toda la familia, al modisto que nos hacía los vestidos, aunque a él creo que le gustaban los hombres.

PERIODISTA: Perdón. ¿Se ha enamorado varias veces?

LEONA: Mi primer enamoramiento fue con un español, se llamaba Octaviano Obregón. Qué cejas, qué pelambre en sus brazos, parecía un gorila, qué dientes tan blancos. Era rubio, alto, bello de verdad. Bailaba muy bien y platicaba mejor. Era un apasionado de la poesía y para conquistarme me recitaba una y otra. Con todas yo suspiraba o lloraba. Lo reconozco, era muy cursi y quizás lo siga siendo. Me derrapé por él como se dice popularmente. Me derrapé, me derretí, me puse de cabeza, me volví loca y todo lo que ustedes gusten. Imagínense la emoción cuando fue a pedirme para matrimonio. El mundo se me hacía chiquito. Todo cambió, el cielo era más azul, las frutas tenían un sabor más dulce, los pájaros cantaban para mí sola, los atardeceres se ponían rojos de vergüenza de mis pensamientos. Y sí, ese hombre me gustaba por eso, por hombre. Un hombrezote, o al menos yo así lo veía.

PERIODISTA: ¿Qué pasó con él?

LEONA: Mi tío lo aceptó y también todas mis amistades. Iba a ser mi boda la boda del siglo. Ya me veía yo con mi vestido blanco caminando en la Catedral mientras un enorme coro decía Aleluya, Aleluya. María, la recamarera, que era muy pícara, se reía cuando le decía yo todo eso. Cuando llegaba a eso del Aleluya ella decía: aleluya, aleluya que cada quien agarre la suya. Yo me enojaba y me reía después.

Aparece el tío Pomposo.

POMPOSO: ¿Estás segura de amar a Octaviano? A mi mujer y a mí nos simpatiza mucho, es un hombre trabajador y viene de una familia de bien. Es muy posible que quiera llevarte a España a vivir. ¿Estás dispuesta a eso?

LEONA: Si no me caso con Octaviano no me caso con nadie, es más, si no me caso con él me voy a morir.

Sale el tío.

PERIODISTA: ¿Se casó? Nunca supimos...

LEONA: (*Ríe*) No me casé ni me morí. Él tuvo que regresar a España y allá de seguro encontró alguna otra menos apasionada que yo, el caso que no volvió nunca. De lo que se perdió.

PERIODISTA: Háblenos de Andrés Quintana Roo.

LEONA: Andrés era todo lo contrario de Octaviano. Ni era guapo ni me decía poemas ni tenía tanto pelo, además era muy serio, demasiado.

PERIODISTA: ¿Por qué se enamoró de él? ¿Qué tenía de particular?

LEONA: Sus pensamientos. Sí, por eso y no, como me dijo mi tío, por su linda voz. Me encantaba lo que me relataba sobre todo cuando se refería al cambio que debía tener México. Algo sospechaba yo de lo mal que andaba el país pero nunca como me lo hizo entender Andrés.

Aparece Andrés. Sale el periodista

ANDRÉS: La mayoría del pueblo es explotada por los españoles o los criollos, miles mueren de hambre, en especial los niños, otros mueren en las minas, en el campo, en las ciudades.

LEONA: ¿Qué podemos hacer nosotros para que eso cambie? Ya son muchos años de riqueza de los poderosos y pobreza del pueblo.

ANDRÉS: ¿No lo sabes?

LEONA: Si lo supiera ya hubiera hecho algo. Doy limosnas pero eso no sirve para nada, o sí, sirve para que nosotros nos sintamos bien.

ANDRÉS: Necesitamos un cambio, pero un cambio radical. Es necesario quitar a este gobierno y poner a otro emanado del pueblo.

LEONA: ¿Estás loco? Eso no es posible. Ellos tienen el poder, las armas, el ejército y la policía.

ANDRÉS: Nosotros tenemos a la gente. Miles y miles de personas que luchan por algo no pueden ser derrotados por bombas ni por nada.

LEONA: ¿Por qué dices nosotros? ¿Pertenece a un grupo opositor? Di que no, los que están contra el gobierno terminan presos y peor aún, colgados de un poste. No quiero que a ti...

ANDRÉS: Tenemos que acabar con ellos.

LEONA: ¿Ya te diste cuenta de lo que dices? Muchos de los que quieres matar son familiares míos. Tíos y primos están trabajando con los españoles, muchos son españoles o criollos.

ANDRÉS: Eso lo sé desde el momento en que te conocí. ¿Recuerdas?

LEONA: Tenía yo veinte años cuando te vi en el despacho de mi tío.

Cambio de época. Aparece el tío Pomposo.

POMPOSO: Se llama Andrés Quintana Roo y va a trabajar como asistente mío.

LEONA: Mucho gusto.

ANDRÉS: Es un placer.

POMPOSO: Ella es mi sobrina, se llama Leona. Leona Vicario.

LEONA: Tengo otros nombres pero no se los voy a decir.

ANDRÉS: Encantado.

Nuevo cambio de época.

LEONA: Ni te imaginas lo que pensé en ese momento.

ANDRÉS: Me intrigas mujer. Qué pensaste.

LEONA: Que no te iba a dejar que te escaparas como el otro. Me gustaste desde el primer momento.

ANDRÉS: Tú no.

LEONA: ¿No?

ANDRÉS: Es una broma. Me encantaste.

LEONA: Pero ahí no terminó todo, en el gusto. Ese día me asusté mucho. Me asusté de mí misma. No es posible Leona que apenas hace cinco minutos llorabas por Octaviano y ahora ya lo olvidaste y quieres conquistar a otro. ¡Eres bárbara!, me dije.

ANDRÉS: Y sí que lo eres.

LEONA: ¿Te he dicho que te llegué a odiar?

ANDRÉS: Que yo recuerde no hice nada para ganarme tu odio.

LEONA: Por eso precisamente. Por no hacer nada. Yo sí hice todo lo posible e imposible para conquistarte y tú nada de nada. Pasaron meses en donde me tratabas como lo que yo era, la hija de tu jefe.

ANDRÉS: Te platicaba de todo. te hacía caso.

LEONA: No como yo quería. ¿No entiendes lo que es hacerle caso a una mujer? Y ahí me tienes haciéndote pasteles, llevándote galletitas hechas por la cocinera aunque te dije que las hice yo misma; te enseñé mis pinturas, te canté, bailé contigo y tú nada. Sólo reaccionabas cuando hablábamos de política.

ANDRÉS: Esa es mi vida. Tú lo sabes.

LEONA: Y eso terminé por hacer todo el tiempo, hablar de Don Porfirio, del ejército, de los campesinos. Lo hice en primer lugar porque era lo que te apasionaba y en segundo porque también a mí acabó por

entusiasmarme. Tan me entusiasmó que dejé de pensar que te estaba conquistando y fue cuando caíste redondito.

ANDRÉS: Y yo sin darme cuenta. Sí que caí.

LEONA: Era ya justo, ya habían pasado dos años de cuando te conocí.

Cambio de época.

ANDRÉS: ¿Estará bien que pida tu mano?

LEONA: Puedes pedir más, no solamente la mano. (*Ríe*) Falta que te lo den. Ahí viene mi tío. Pregúntale.

ANDRÉS: Don Pomposo, usted disculpe...

DON POMPOSO: Dime.

ANDRÉS: Yo...

DON POMPOSO: ¿Tú...?

ANDRÉS: Perdón, es que estoy nervioso.

DON POMPOSO: Di lo que tengas que decir. Tengo prisa.

ANDRÉS: Quiero pedirle que me permita ser novio de Leona. Ella está de acuerdo conmigo. Los dos...

DON POMPOSO: Por supuesto... que no. Mi sobrina aún está comprometida con Octaviano. No importa que él esté en España. El compromiso existe y lo tenemos que cumplir.

LEONA: Pero tío...

DON POMPOSO: Ya dije mi última palabra. ¿Les queda claro a los dos?

LEONA: Octaviano y yo ya no somos nada. Creo que ya hasta se casó.

DON POMPOSO: ¿Te consta?

LEONA: No.

DON POMPOSO: Joven, le pediría que visite con menor frecuencia a mi sobrina y mejor será que no la visite ya más.

ANDRÉS: Yo la amo.

DON POMPOSO: Si no quiere perder su trabajo conmigo le ruego que no insista en este punto. Con permiso.

Sale. Leona llora. Andrés la abraza.

LEONA: No entiendo a mi tío. Él fue el que me contó que Octaviano se había casado y ahora sale con lo de mi compromiso.

ANDRÉS: Fue el pretexto para no admitirme.

LEONA: ¿Pero por qué? Yo te amo. A ti te conoce muy bien, dice que trabajas mejor que nadie.

ANDRÉS: Tu tío es realista, no por ver la realidad sino por apoyar a los reyes españoles. No soporta que yo apoye a los insurgentes. No tardará en despedirme del trabajo.

Sale Andrés, entra el tío.

POMPOSO: No te lo quise decir delante de ese joven.

LEONA: Se llama Andrés.

POMPOSO: Te prohíbo que lo sigas viendo. No te conviene. Búscate otro hombre que tenga nuestros principios y por qué no decirlo, nuestra educación y posición social.

LEONA: No me puedes prohibir nada. Es más. Sí lo voy a ver y me voy a casar con él. ¿Qué te parece?

POMPOSO: ¿Me estás desafiando?

Cambio de época.

LEONA: Mi tío se puso colorado, más bien morado. Pensé que se iba a morir delante de mí. Tuvimos que llamar de emergencia al doctor de la

familia. Días después despidieron a Andrés del trabajo. Lo seguí viendo a escondidas.

Cambio de época.

LEONA: ¿Ya está bien tío? Nos pegó un buen susto.

POMPOSO: Hierba mala nunca muere.

LEONA: ¿Se le ofrece algo?

POMPOSO: Quiero que hablemos tú y yo. Ese día fui muy brusco, lo reconozco. La verdad que Andrés no es para ti. Además de todo lo que ya dije es pobre.

LEONA: Si él es pobre yo soy rica. Con lo mío podemos vivir no sólo los dos sino toda una familia grande.

POMPOSO: Tu dinero lo dejaron tus padres para asegurar tu futuro y no para que mantengas a nadie. Andrés no creo que lo permita. Puede tener muchos defectos pero ese no.

LEONA: Andrés es mi futuro.

POMPOSO: ¿Lo sigues viendo a pesar...?

LEONA: Parece que están tocando la puerta. Después vuelvo.

POMPOSO: ¡Contéstame!

LEONA: No me tardo. (*Sale corriendo*)

Cambio de época.

LEONA: Esa vez pensé que para qué diablos me servía mi dinero. Después lo supe: Para ayudar a la Independencia de México.

Entra Andrés.

ANDRÉS: Como tú comprenderás ya no puedo trabajar con tu tío. Soy su enemigo.

LEONA: Si tú lo eres entonces también yo lo soy.

ANDRÉS: No podremos vernos todos los días.

LEONA: Eso me duele.

ANDRÉS: Tengo que darte otro dolor. Me voy a ir a Tlalpujahua para unirme a Ignacio López Rayón.

Sale Andrés

LEONA: Corría el año de 1811. Ya Hidalgo había iniciado el movimiento en Dolores el año anterior. Calleja se convirtió en su enemigo personal.

En este momento se puede poner una secuencia de fotos del inicio de la Independencia, en especial el Grito de Dolores y momentos de Hidalgo y Allende.

LEONA: Y se fue como se fue Octaviano. Éste a España, ahora el segundo, Andrés, a Michoacán. Sólo que a éste no lo solté. Él llevaba un hilo de amor que lo ataba a mí y que no lo podía cortar con nada. Fue cuando inicié mi correspondencia que jamás terminó. En las primeras cartas le escribía lo que escribe cualquier mujer enamorada abandonada por el amante.

Vemos a Leona escribir.

LEONA: *(Leyendo)* Temo ser cursi pero tengo que decirte que me haces mucha falta, que sufro pensando en ti. Ayer, que no pude dormir, recordé los momentos en que caminábamos en la Alameda o asistíamos a beber una taza de chocolate en los restaurantes de la ciudad. Yo hablaba mal de mi tío

y tú me decías tus planes. Regresa lo más pronto posible, te lo suplico, pues de otro modo voy a morir irremediablemente.

LEONA: Dos, tres y hasta cinco cartas diciendo lo mismo bastan y sobran. Imposible seguir con el dolor, la ausencia, la oscuridad. Fue cuando empecé a contarle los chismes de la ciudad y sobre todo los chismes políticos. En realidad no eran chismes, eran nuestra realidad.

Escribe y lee lo que acaba de decir en la carta.

LEONA: Ayer vinieron a comer dos generales con mi tío. Están muy preocupados pues dicen que los focos rebeldes han aumentado en lugar de disminuir como ellos había planeado. De nada han servido los castigos ni aún la muerte de varios de ellos. Van a encargarse más armas para el ejército. A los comerciantes se les va a pedir una cuota extraordinaria para pagar esto último. El cuartel que está en Bucareli se va a reforzar con cañones pues temen que el movimiento llegue hasta la Capital. Su enemigo número uno, como tú comprenderás, es Hidalgo y todos los que están con él. Admiro a Doña Josefa Ortiz de Domínguez por lo que hizo en Querétaro. Poco a poco me he ido enterando de detalles. Esa sí es una mujer. Todas debemos aprender de ella...

LEONA: En las cartas le contaba lo que hacían o pensaban los realistas, lo que iban logrando los enemigos de estos. Cuando menos me di cuenta ya estaba haciendo un trabajo útil para los rebeldes. Eso me entusiasmó enormemente, olvidé mi frustrada boda y dediqué todas mis fuerzas a buscar información para poder enviarla. Ellos a su vez me enviaban la suya.

LEONA: Y no, no bastaban sólo las palabras. Estas eran muy útiles pero faltaba la otra parte, la material, en resumen dinero. Dinero para comprar o mandar a hacer armas, dinero para trasladarse de un lado a otro, dinero para comer. Dinero que es el dios de muchos y la maldición de otros. ¡Yo lo tenía! No demasiado, ojalá y así hubiera sido, pero sí suficiente para ayudar.

Entra el tío Pomposo.

LEONA: Voy a necesitar mi dinero.

POMPOSO: ¿ Para qué lo quieres? Que yo sepa no te falta nada ¿ o sí?

LEONA: Ese dinero es mío, me lo dejaron mis padres.

POMPOSO: Pero yo tengo la custodia y sólo te lo daré cuando esté justificado.

LEONA: No es justo. A mí me pertenece.

POMPOSO: Si te lo hubiera dado cada vez que se te antojaba ahorita no tendrías un solo centavo.

LEONA: Insisto en que se me entregue.

POMPOSO: Y yo en que no te lo daré si no me dices para qué quieres tanto.

Sale Pomposo.

LEONA: Empecé a vender mis joyas, algunas muy valiosas. Sólo me quedé con los aretes y este collar de granates que pertenecieron a mi abuela y después a mi madre. Todo lo demás desapareció en manos de traficantes y usureros.

Escena muda en donde Leona se quita un collar y unos aretes que entrega a un usurero. Este le da dinero a cambio. Sale el usurero.

LEONA: Lo principal para una lucha como la que se estaba organizando además de los hombres son las armas. Mandé dinero a Tlalpujahua para que se fundieran bronces y todo tipo de metales para hacer rifles, cañones, pistolas. Balas también. Ellos hacían hasta diez cañones de fusil por día. Posteriormente hicieron también monedas, monedas ya de la independencia en oro y plata. A mí me mandaron una de cada una que guardo como uno de mis tesoros principales.

Entra Pomposo enojado.

POMPOSO: ¿Dónde están las joyas? No las he visto desde hace tiempo. Tienen un gran valor.

LEONA: Las regalé para ayudar a unas monjas en su labor asistencial.

POMPOSO: ¿Las regalaste? ¿Eso es verdad?

LEONA: ¿No me cree? Si quiere puede...

POMPOSO: Tenías que haberme preguntado. Ya sé que eran tuyas, no mías. Te vas a quedar sin nada si sigues regalando todo. De una vez por todas te digo que no pienso mantenerte si sigues así.

Sale Pomposo.

LEONA: No me creyó totalmente pero pasó la mentira. Al menos por un tiempo. Sin darme yo cuenta puso a personas a vigilarme. Y ya no era el dinero sino la correspondencia que mandaba y recibía lo que lo inquietaron. Yo ya no sólo escribía a Andrés sino a muchos insurgentes en distintos lugares de la República donde les informaba de movimientos del ejército,

de medidas que se habían tomado en contra de ellos, de armamentos que adquiriría el ejército realista. Cartas iban y cartas venían. Imposible ocultarlas.

Entra el tío. Recoge un paquete de cartas. Las examina con molestia. Las lleva al interior de su casa.

LEONA: Andrés al llegar a Michoacán se unió a López Rayón. Ya sé que ya lo dije antes, pero no que este último estableció la Junta Soberana del movimiento insurgente. No había llegado Andrés cuando ya tenía el encargo de publicar el Seminario Patriótico americano. Y a Quintana Roo se unieron sus amigos Manuel Fernández y José Ignacio Aguado.

Ya no podía enviar las cartas al correo yo misma y menos ir a depositarlas. ¿Quién piensan que me ayudó entonces? Un simple arriero, Don Mariano Salazar. Con él no sólo envié correspondencia sino también dinero, armas, pertrechos, víveres y ropa. Un hombre del pueblo que luchaba calladamente sabiendo que podrían matarlo en cualquier momento.

LEONA: La situación en la casa era ya insostenible, mi tío sospechaba de todo y de todos, cada día su trato para conmigo era más duro, yo me sentía, y lo era, una prisionera. Y no era sólo él sino toda la sociedad que yo frecuentaba y para acabarla de amolar se metió la iglesia- cuándo no-.

CURA: Les pido, les exijo en mi nombre y en el de la Santa Iglesia que denuncien a los llamados insurgentes, a los enemigos, a los que están contra España y por supuesto contra la Iglesia. No importa que sean familiares, de cualquier modo los tienen que acusar. Es posible que aún no se den cuenta a lo que estamos expuestos todos nosotros, si no se detiene

ese movimiento todo va a desaparecer: casas, escuelas, hospitales, iglesias y mercados; todos vamos a morir de hambre o bajo las balas de los traidores. Los insurgentes están contra la Santa Patrona de México, nuestra Señora de Guadalupe. El que la usen como estandarte es para engañar al pueblo. Por último tengo que advertirles, no como una amenaza sino como algo cierto, que todos los que no digan la verdad se van a llenar de pecados y se condenarían para la eternidad en el infierno.

LEONA: A tiempo me llegó la información para poder huir de que habían detenido a mi arriero Don Mariano Salazar y éste, seguramente por tormento, tuvo que confesar todo lo mío.

LEONA: Tío, ¿me puede permitir ir a misa a la Profesa? A la de las doce.

POMPOSO: ¿Para qué ir tan lejos? Aquí hay varias iglesias.

LEONA: La mejor misa de México es ahí, la cantan y ofician tres obispos. El de Toluca, el de...

POMPOSO: ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

LEONA: Sólo lo que dure la misa, ya sabes que es larga.

POMPOSO: Bien, que te acompañe Heriberto, tú no puedes andar sola por las calles.

LEONA: Me parece muy bien, también irá conmigo mi amiga Gertrudis Angulo y sus hijas Francisca y Mariana.

POMPOSO: Me la saludas.

LEONA: Lo haré con gusto.

LEONA: Me salí, más bien nos salimos Gertrudis, sus hijas y yo por otra puerta de la que entré en la iglesia mientras dejé a Heriberto cuidando el carro en que me llevó. Cuídalo bien pues por aquí roban, le exigí.

Tomamos un coche para trasladarnos a San Juanico donde ya me esperaba mi ama de llaves y mi cocinera que llevaban mi ropa y otras cosas mías. Nos fuimos el mismo día a Huixquilucan. Ahí tuve que quedarme pues habían tropas del gobierno. Se me terminó el poco dinero, me enfermé y no tenía ni para comer. El once de marzo fui descubierta por enviados de mi tío, los señores Antonio del Río y Juan Raz. No hubo forma de escapar.

Estaba yo segura que me trasladarían a la casa de mi tío y que éste me iba a encerrar en un cuarto a piedra y lodo. Me equivoqué totalmente. A donde me llevaron fue , ahora sí, a una cárcel de verdad. La del Colegio de Belén.

Ya no era la niña mimada que todo le daban, que tenía servidumbre para lo que se le ofreciera, que podía cambiar de ropa todos los días, que comía manjares. Ahora era una presa que tenía que dormir en una cama de piedra, que no contaba con ropa para cambiarse, que le aventaban la comida infame, que era interrogada mañana, tarde y noche para que delatara a todos. No me golpearon físicamente, lo tengo que reconocer, pero sí me atormentaron con amenazas, con incomodidades, con falta de dormir. Si la comida era mala el agua que tenía que beber era asquerosa: café, de mal olor. Además las chinches. Miles de ellas. Me daban un asco profundo además que no me dejaban dormir con sus piquetes.

Era yo muy dada a decir que me iba a morir de esto o de lo otro, que me moriría si Octaviano no regresaba, si Andrés no me escribía, si hacía mucho frío o calor. Me muero de calor, me muero de aburrimiento. Para todo me moría. Pero ahora sí era en serio. En la cárcel de Belén me iba a morir de verdad. Llegué enferma a mi celda, comía muy poco, dormía menos, las chinches bebían la poca sangre que me quedaba. Bajé no sé cuantos kilos. Por primera, y única vez, me vi delgada. Todo me dolía pero me dolía más mi alma pues desde ese lugar ya no podía ayudar a nadie ni

tener contacto con los de afuera. Me llené de dolores además de granos. Me puse horrible.

¿Conocen ustedes los cuervos, esos pájaros negros? Así eran mis dos custodias: Manuela y María Ignacia Salvatierra. Si no estaban las dos sobre mí al menos estaba una que vigilaba todo lo que hacía. Ni siquiera tenía la libertad de ir sola al retrete. Iba una conmigo. A ese sitio tenía yo que ir muchas veces al día a pesar de que lo odiaba por su peste, por su suciedad. Al tercer día de ingresada ya tenía yo vómito y deposiciones. Y así seguí días y días sin recibir tratamiento alguno. Mi tío me repetía muy frecuentemente eso de que la hierba mala no muere. Yo pude aguantar todo eso.

El convento donde estaba mi celda se conocía también por Convento de Belén de las Mochas. Mochas no porque les faltara una parte sino, creo yo, por mis custodias. Eran mochas a morir, todo el día con el rosario rece y rece mientras no dejaban de mirarme.

Un golpe que me dolió hasta el alma, no físico pues repito nunca me golpearon, fue el enterarme que en un juicio que se me hizo, al que por supuesto no me invitaron a asistir, me declararon culpable y como castigo, además de la cárcel era perder todas mis propiedades. Fueron confiscadas, me dijeron. Esa vez si me puse a llorar amargamente. Sin dinero cómo ayudar al movimiento.

Mi tío jamás me visitó en la cárcel, de seguro no quería saber nada de mí, y la verdad, yo tampoco quería saber de él. Su odio lo concentró en perseguir a Quintana Roo. Así me castigaría en lo que más me importaba.

Una presa, cuyo nombre no supe nunca, insistió en entrar al retrete mientras yo lo ocupaba. Qué impertinencia, me dije, pero qué podía hacer. Entró, se sentó junto a mí, me dio un papelito que no vio la cuervo y salió. El papel decía que me preparara, que me iban a libertar. Me pregunté por

supuesto que quiénes y que cuándo. ¿De dónde iba yo a obtener la respuesta? Sólo del tiempo.

Una mañana, el veintidós de abril, hubo gran movimiento dentro del convento. Yo había asistido por fuerza y por gusto a misa, me disponía a tomar mi agua con ligero sabor a café y mi pan duro, que era mi desayuno. Por los barrotes vi a soldados realistas, eran seis. Mi susto fue mayúsculo. Vienen por mí para llevarme no sé dónde. Ya me sentía hasta fusilada en la barda de algún templo. Corrí a esconderme bajo la cama de piedra. De ahí fui sacada, no a fuerza como esperaba cuando abrieron la puerta, sino amablemente. Venimos a salvarte, me dijeron.

De ahí en adelante todo fue rápido y sin saber yo que hacer más que obedecer. Me pintaron de negra, me pusieron ropa de gente del pueblo, me subieron a un asno y así me sacaron a la calle. Yo me dejaba hacer. Y a caminar sobre la bestia. Al rato me dolía todo, en especial dónde ustedes piensan. Es que no es fácil montar en burro sin saber y sobre todo sin silla. En camino los falsos soldados reales me informaron que traían consigo una pequeña imprenta para que yo siguiera mandando datos a los insurgentes. No me dijeron dónde me llevaban.

El destino final de este viaje fue el estado de Oaxaca. Imagínense cómo llegué ahí, toda molida, toda llagada, toda sucia, toda feliz de estar otra vez con los míos.

De seguro ustedes han leído al Pensador Mexicano, Don Joaquín Fernández de Lizardi, el autor del Periquillo Sarniento y de un juego teatral navideño. Pues él escribió sobre mí alabando mi labor y mi entereza. Se imaginan. En Oaxaca ya era yo famosa. Y no solamente ahí sino en casi toda la República. ¿Me pueden imaginar a mí como una celebridad? Era para morirse de risa y de lo que me morí es de vergüenza. Ya ven que sigo muriéndome de todo.

En Oaxaca tuve muchas dichas pero fueron dos las más importantes. La primera volver a ver a mi amado Andrés y la segunda conocer y trabajar con un personaje fuera de serie que no era ni más ni menos que el General José María Morelos y Pavón. Él sí era una celebridad y no yo. Temblando le di la mano el día en que lo conocí. La saludo Leona con mucho afecto, me dijo. Y yo casi me desmayo.

Se presenta Leona con Andrés. Tiene miedo a que la rechacen. Trae el rostro curtido por el sol, está delgada por la enfermedad y el hambre, con el pelo hecho un estropajo.

LEONA: Andrés...

ANDRÉS: Leona, ¿Tú aquí? Qué dicha.

LEONA: Te he seguido, te he buscado, te...

ANDRÉS: Siéntate, te ves muy mal.

LEONA: Lo sé, ¿estoy horrible, verdad?

ANDRÉS: No estoy hablando de belleza sino de salud.

LEONA: Con Andrés me presenté con mucho miedo, miedo a que me rechazara al verme como estaba físicamente. Éste me va a mandar al diablo, pensaba yo. Ya no era la muchacha bonita y regordeta que conoció, Pero él me trató como si fuera la mujer más bella del mundo. Y así me hizo sentir. Casi me derrito en sus brazos. Él estaba también más quemado por el sol pero más recio, más macho, más como me gustan los hombres a mí.

No había tiempo para apapachos y no es que no nos los diéramos, pero fueron pocos. La guerra de la independencia estaba en plena acción. Habían combates en varios lugares de la República donde vencían o bien los insurgentes o los del gobierno. Los muertos ya se contaban por cientos por no decir miles.

Me puse a trabajar de inmediato olvidando mis úlceras, mis dolores. Mandé cartas a los combatientes pero también a sus esposas para informarles de ellos. Escribí artículos para la publicación de Quintana Roo “El Ilustrador Americano”. Visitaba enfermos, daba clases a niños. Peleaba con abogados para que se me regresara mi patrimonio. Formamos un grupo, Los Guadalupe, todos colaboradores nuestros y de la Independencia.

Acompañé al General Morelos en algunos de los combates, yo colocada algo lejos de ellos y no por ello menos emocionada. Morelos no sólo sabía mandar sino que tomaba parte en las batallas siendo el primero en dar la cara al enemigo. A Miguel Hidalgo no lo conocí pero no creo que tuviera la prestancia y la fuerza de este otro cura. Con ellos me entró un fuerte dilema: el de la religión. Los dos eran sacerdotes, los dos luchaban y mataban, los dos tenían mujeres e hijos. A los dos los admiraba mucho. En cambio otros sacerdotes se dedicaban a llenarnos de miedos, a volvernos inútiles y sobre todo querían que aprendiéramos de ellos lo servil para con los españoles y los que tenían mando. Todos ricos. ¿Por cuál grupo decidirme? Los segundos eran mayoría y eran los que había tratado toda mi vida. Me quedé con los primeros, con los que luchaban por el pueblo, a los otros llegué a odiarlos. ¡Qué Dios me perdone!

En esa época aprendí que la correspondencia no era segura, que podía ser interceptada. Por eso bauticé con nombres de personajes literarios a todos los independentistas: a Morelos, a Hidalgo, a Allende y a todos los demás. Eso fue divertido.

Hace muy poco me enteré que no sólo era famosa por lo que escribió de mí Fernández de Lizardi sino que también me consideran la primera mujer periodista de México. ¡Qué honor! Yo hacía lo que podía.

Coreografía donde vemos a Leona escribir, pelear en una trinchera, marchar en el campo, cuidar enfermos, etc. Como música debe usarse música de tiempos de la Revolución o que se refiera a ella.

LEONA: Una de las cosas que se le olvidó a Andrés era que me había pedido una vez en matrimonio.

Entra Andrés. Trae un ramo pequeño de flores del campo.

ANDRÉS: Leona.

LEONA: No me vayas a pedir otros artículos el día de hoy. Ayer no dormí escribiendo. No puedo estirar el tiempo, que más quisiera yo. Pero tengo que cocinar, ir a luchar al campo, imprimir, escribir, hablar con los que luchan, conseguir dinero, comprar alimentos y armas, visitar a...

ANDRÉS: Todo eso lo sé. Lo que te voy a pedir hoy es algo diferente.

LEONA: ¿Una nueva chamba? De antemano te digo que no. Busca a otra gente que la haga. Ya te dije que no tengo un minuto de descanso en todo el día.

ANDRÉS: Escúchame.

LEONA: Está bien. ¿De qué se trata?

ANDRÉS: Hace tres años tú y yo nos íbamos a casar.

LEONA: ¿Todavía te acuerdas de eso? Seguro que no. Yo sí, me acuerdo cada día. Tres años llevo insinuándote que cumplas tu promesa que me hiciste esa vez y tú ni cuenta te dabas.

ANDRÉS: Hoy te lo vengo a pedir.

LEONA: Qué cosa.

ANDRÉS: Eso, que te cases conmigo. *(Le da las flores)*

Leona se le queda viendo un largo momento. Sonríe.

LEONA: ¿Es una broma o es en serio?

ANDRÉS: Yo no hago bromas.

LEONA: Pensé en decirte que no para ver qué cara ponías, pero me arrepentí pues eres capaz de ya no cumplirme otra vez.

ANDRÉS: Eso quiere decir que sí aceptas.

LEONA: Eres tardadito, tres años tuviste que esperar para pedirme que fuera tu mujer. Yo no te haré esperar más que unos cuantos segundos. Mi respuesta es Sí, que para estoy, para servirte. *(Los dos se abrazan y ríen)*
¿Al menos te diste cuenta que cuando dije que sí baje los párpados y me puse toda colorada como debe hacer una señorita que se respete.

ANDRÉS: Hazte...

Los dos ríen. los dos están felices.

LEONA: El matrimonio se llevó a cabo en mil ochocientos diez y seis. La guerra de la independencia ya llevaba seis años y no tenía para cuando. La boda fue en Chilapa y no en la catedral de México como ya había soñado. Nada de traje blanco ni flores del mismo color. Nada de damas de honor o madrina le lazo. En cambio hubo cohetes, música del pueblo, niños, esos sí vestidos de blanco; indígenas en lugar de las damas y sobre todo hubo amor y felicidad de los dos. Ya era yo la señora Quintana Roo, nombre que jamás usé. Yo seguí siendo Leona Vicario. Así nací y así quiero morir. Una leona que vivió años y años en la jaula de la sociedad, de la iglesia, de la familia, de las costumbres. Este día rompí los barrotes. Ya era libre.

La libertad cuesta y cuesta mucho. Para ser libre el pueblo de México luchaba y moría. Andrés y yo para lo mismo tuvimos que dejar las ciudades para ir a luchar a los montes, a los valles.

ANDRÉS: No sé que prefieras, dormir al aire libre o en una cueva. Al aire libre se respira mejor pero hace frío y nos pueden atacar. En la cueva hay murciélagos, humedad y apesta.

LEONA: Cualquier lado es bueno.

ANDRÉS: Me has confesado que te gusta la comodidad, que te sirvan, y ahora...

LEONA: Ahora estamos luchando.

ANDRÉS: Ya te volviste una guerrillera hecha y derecha.

LEONA: Aprendí de ti a manejar todo tipo de armas, a montar bien caballos, a cavar trincheras. También aprendí a dormir en el suelo y comer de pie lo que se encuentre.

Ya embarazada llegamos a la sierra del Estado de México llamada Tlatlaya. Ahí, el tres de enero de 1817, en una cueva, tuve a mi primera hija, a la que le puse de nombre Genoveva. Su padrino fue Don Ignacio López Rayón.

ANDRÉS: Tenemos que hablar seriamente. No puedes ir de un lado a otro con la criatura. Yo seguiré luchando, ustedes se quedan en algún sitio.

LEONA: Nos casamos para estar juntos, para luchar juntos, para en su caso morir juntos.

ANDRÉS: Así es, pero ahora ya no eres sólo tú. Y con mi hija no he hecho ningún trato. Quiero que viva y viva con sus necesidades básicas resueltas.

LEONA: No puedo dejar que tú vayas solo.

ANDRÉS: Nacimos y morimos solos.

LEONA: ¿Ya no me quieres?

ANDRÉS: Tanto te quiero que me voy a separar de ti. No quiero que te pase nada.

LEONA: Te lo ruego, llévanos contigo. No nos va a suceder nada.

ANDRÉS: Por primera vez en la vida te voy a pedir obediencia. Tienes que quedarte, tú y mi hija.

LEONA: Nunca he obedecido si creo que no hay una buena razón. Somos un matrimonio que tiene que estar junto.

ANDRÉS: Si te matan ya no estaremos juntos, o si me matan a mí.

LEONA: Entiéndeme...

ANDRÉS: Entiéndeme tú a mí. Y no sigamos hablando, hay peligro. Tienes que marcharte de este lugar.

LEONA: Andrés...

ANDRÉS: Démonos un beso. Pero antes ten.

LEONA: Qué es esto.

ANDRÉS: Una petición por escrito solicitando tu indulto para el caso de que seas hecha prisionera.

Me besó, besó a la niña y se fue. Nunca me había sentido yo tan sola, tan abandonada. Lo odié al mismo tiempo que le daba la razón. Tener hijos es una responsabilidad. Y esa la tenía yo que cumplir.

Un año después, Vicente Vargas, al mando de veinte soldados de las fuerzas reales me encontró en un refugio del pueblo de Tlaocuzpa. Nos llevó, a mi hija y a mí, a Temascaltepec. Ahí permanecimos hasta que llegó el indulto. La orden era que tenía que salir del país, irme a vivir a España. No había forma de pelear contra esto.

Imagínenme a mí en España donde viven los actuales enemigos míos, a los que trataba de derrotar. No lo iba a soportar. Pensé en fingirme enferma para no salir del país y en mil cosas más que no funcionaban. Las órdenes no se discuten, me dijeron los militares.

Ese mismo mes de marzo fui trasladada a la ciudad de Toluca. Los acontecimientos políticos y la guerra que se libraba en todo el país permitieron que nos olvidaran. Andrés vino a vivir conmigo a esa ciudad

que era nuestra cárcel. Una más. Ahí permanecemos hasta la proclamación del Plan de Iguala.

Clandestinamente seguimos apoyando a los nuestros, yo escribiendo, él dando clases, escribiendo poesía y teniendo contactos con los insurgentes.

Nos trasladamos a la Ciudad de México a la llegada del Ejército Trigarante comandado por Iturbide. Poco antes tuve en Toluca a mi segunda hija, María Dolores.

Mi marido tuvo un papel muy importante ya en el México Independiente, fue Secretario de Estado, Diputado al Congreso de la Unión, Delegado en distintas misiones de paz además de seguir escribiendo en los periódicos y en libros. Eso fue hasta que no estuvo de acuerdo con Iturbide y nuevamente a luchar.

Yo mientras tanto logré que me devolvieran mis propiedades y parte de mi dinero. Nuevamente tuve con qué ayudar a los que necesitaban. Nos fuimos a vivir a mi casa en el Centro de la Ciudad, a una cuadra del Edificio de la Inquisición y a cuatro del Zócalo.

En estos años mataron a muchos de los héroes que tanto yo admiraba: Hidalgo y Morelos los principales. Pero quedaba vivo Vicente Guerrero. Cuando el gobierno de Bustamante lo manda fusilar nuestra indignación, de Andrés y mía, llegó a su punto más alto. Nuevo divorcio con los dirigentes del país. Quintana Roo los atacó en los periódicos y en represalia lo mandaron tomar preso nuevamente. Tuve que ir personalmente a pedir garantías. Andrés salió libre.

Por platicar tantas cosas no les he contado del máximo coraje que hice durante todos estos años.

Aparece Lucas Alamán. Leona se le enfrenta.

LEONA: Usted señor Lucas Alamán, no es sino un vendido al presidente Bustamante.

LUCAS: No le permito señora...

LEONA: ¿No fue usted el que escribió de mí diciendo que si había hecho lo que había hecho no era para defender al pueblo, para luchar por la independencia.

LUCAS: Eso dije. Es verdad.

LEONA: Escribió que lo había hecho sólo por amor, por amor a mi marido y nada más. Que no me creyeran una heroína pues no lo era. Por amor las mujeres hacen cualquier cosa, buena o mala.

LUCAS: ¿Y no es así? Usted hizo eso.

LEONA: Le voy a leer, por si usted no lo ha hecho, mi respuesta...señor. Apareció en el Federalista.

LUCAS: No es necesario.

LEONA: ¡Lo voy a hacer! *Saca de alguna bolsa el papel, lo distiende, lee con mucho énfasis.*) “ Quiero desmentir la impostura de que mi patriotismo tuvo por origen el amor, [...] que abandoné mi casa por seguir a un amante cuando todo México supo que mi fuga fue de una prisión, y que ésta no la originó el amor, sino el haberme apresado a un correo que mandaba yo a los antiguos patriotas [...]

LUCAS: Yo dije...

LEONA: Confiese usted, señor Alamán, que no sólo el amor es el móvil de las acciones de las mujeres: que ellas son capaces de todos los entusiasmos, y que los deseos de la gloria y de la libertad de la patria no les son unos sentimientos extraños; antes bien, suele obrar en ellas con más vigor, como que siempre los sacrificios de las mujeres son más desinteresados. Fui la única mexicana acomodada que tomó una parte activa en la emancipación de la patria. Me persuado de que así serán todas las mujeres, exceptuando a las muy estúpidas, y a las que por efecto de su

educación hayan contraído el hábito servil. De ambas clases hay también muchos hombres.”

LUCAS: Me retiro, no puedo seguir escuchando...(Sale)

LEONA: ¡Imbécil! (Ríe)

LEONA: ¿Sonó fuerte esto de imbécil? Una de las cosas que nunca aprendí y nunca pude fue decir leperadas. Ya decir idiota o tonto a alguien se me hacía algo tremendo. Decir imbécil como le dije a Alamán es una montaña para mí. Menos mal que no me escuchó. Y sí, sé que hay otras groserías que le irían bien pero ni me las sé y si las conozco nunca las voy a decir.

El resto de mi vida ustedes lo conocen como cuando volví a pelear durante la Guerra de los Pasteles y todo lo demás. Si no es así les pido que lean algunos libros que se han escrito. Ya estoy agotada y lo que quiero es ir a descansar un poco. Ya no soy joven. Ya tengo más de cincuenta años. Soy una anciana.

Quiero que me recuerden como la Leona que soy, una leona que supo salir de la jaula. “ Me llamo Leona y quiero vivir libre como una fiera” Libre y defendiendo con mis garras a mis hijos, a mi pueblo, a la libertad y a la Independencia.

¡Viva México señores, Viva la Independencia, Vivan sus héroes!

Se escucha un fuerte repicar de campanas mientras se va cerrando lentamente el telón.

Tomás Urtusástegui

Julio 2009

Resumen: Leona Vicario platica su lucha a favor de la Independencia de México, su entrega, sus sufrimientos en la cárcel y por fin el triunfo.